

zan el mal en todas sus formas. Los frutos del Espíritu Santo son necesarios á la sociedad, porque si la sociedad no se alimenta de ellos, se alimentará forzosamente de los frutos emponzoñados de Satanás; principios fecundos de revoluciones y catástrofes.

El reinado del Espíritu Santo, con todo lo que lo constituye, es necesario para la felicidad del mundo; porque solo él puede preservar al mundo del reinado del espíritu maligno. Pues bien, el reinado de Satanás es el mundo pagano con Neron por amo; en tanto que el reinado del Espíritu Santo es el mundo católico, dirigido por el Vicario infalible del Verbo encarnado. Bajo el primero, el linaje humano es una manada de lobos; bajo el segundo, es un rebaño de corderos. Esta alternativa, inevitable en el mundo, no lo es ménos al otro lado del sepulcro. Lo veremos en el capítulo siguiente.

CAPÍTULO XL.

EL FRUTO DE LA VIDA ETERNA.

SUMARIO.—Por qué el cielo se llama fruto.—Armonía en las obras de Dios.—El cielo será el reino del Espíritu Santo, ó del amor infinito.—Efecto de este amor: trasfigurará todas las cosas.—Las criaturas serán trasfiguradas, no destruidas.—Hermosura del mundo futuro.—Trasfiguracion del hombre y cualidades del cuerpo trasfigurado.—Goces de cada uno de los sentidos.—Rasgo histórico.—Cualidades del alma trasfigurada.—Alegría de todas las facultades.—Contraposición del cielo, el infierno.—Inexorable necesidad de ir al uno ó al otro.—Medio de lograr el cielo.—El culto del Espíritu Santo.

La gracia difundida en el alma por obra del Espíritu Santo en el día del Bautismo, constituye la vida sobrenatural. Sus fuerzas vivas son las virtudes infusas; los dones del Espíritu Santo ponen en movimiento estas fuerzas y la hacen producir actos beatíficos que se llaman bienaventuranzas. Estos actos beatíficos ejecutados con la mayor perfeccion, toman el nombre de frutos; por cuanto producen en el alma una suavidad semejante á la que deja en el paladar una fruta excelente en el mejor estado de madurez. Pero estos mismos frutos no son más que flores relativamente al fruto de la vida eterna. Todas las operaciones del Espíritu Santo tienden á procurar al hombre este fruto único, que es el cielo (1).

1. Cum fructus habeat quodammodo rationem ultimi et finis, nihil prohibet alicujus fructus esse alium fructum; sicut finis ad finem ordinatur: opera igitur nostra, in quantum sunt effectus quidam Spiritus Sancti in nobis operantis, habent rationem fructus; sed in quantum ordinantur ad finem vite æternæ, sic

“Glorioso es el fruto de los buenos trabajos,” se lee en el libro de la Sabiduría (1). Y en el Evangelio: “El que siega recibe la recompensa y recoge el fruto para la vida eterna (2).” Y en el Apocalipsis: “Al que venciere le daré á comer del árbol de la vida, que está en medio del paraíso de mi Dios (3).” ¿Por qué razón la felicidad, la inmortalidad, el cielo, en fin, se nos presenta bajo el nombre de fruto? En el paraíso terrenal, figura del cielo, habia un árbol de la vida, cuyo fruto de exquisito sabor y extraordinaria hermosura, tenia la propiedad de comunicar la inmortalidad, y al lado de este árbol estaba el de la ciencia del bien y del mal, cuyo fruto daba la muerte.

Colocado Adán entre estos dos árboles que conocia perfectamente, vencido por la tentación comió del fruto del árbol prohibido antes de haber probado el del árbol de la vida. Es de fé que el árbol de la vida, igualmente que el de la ciencia del bien y del mal, era un árbol verdadero. Su fruto, comiéndolo en una ocasión determinada, debia prolongar la vida durante muchos miles de años; y despues de haber conservado al hombre en una juventud constante, hacerlo entrar, sin pasar por la muerte, en la vida sin fin de la eternidad (4).

magis habent rationem florum: unde dicitur (*Eccli. xxiv, 23*); *Flores mei fructus honoris et gratiæ. S. Th. 1. 2, q. 70, art. 1.*

1. Bonorum enim laborum gloriosus est fructus. *Sap., iii, 15.*

2. Qui metit, mercedem accipit et congregat fructum in vitam æternam. *Joan., iv, 36.*

3. Vincenti dabo edere de ligno vitæ, quod est in paradiso Dei mei. *Apoc., ii, 7.*

4. De fide est fuisse hanc veram arborem.... hoc lignum pro rogasset homini vitam et vigorem ad aliquot annorum milia, donec Deus eum transtulisset in cælum, quæ aeternitas quaedam est. *Corn. à Lap., Gen. ii, 9.*—En la ambrosía, el néctar y otros alimentos que comunicaban la inmortalidad á los dioses, conservó el paganismo el recuerdo de este árbol de la vida.

¿Qué tiene, pues, de extraño que el Espíritu Santo, restaurador de todas las cosas, nos haya presentado el cielo cual fruto del árbol de la vida; pero fruto perfeccionado y dotado de la virtud de hacer vivir al hombre mientras Dios sea Dios y con vida divinamente venturosa? Un fruto fué la perdición del hombre; otro fruto será su felicidad. ¿Podia la victoria ser más proporcionada á la derrota? *Ut qui in ligno vincebat, in ligno quoque vinceretur.*

Así, pues, cuando el género humano, alimentado de los frutos del Espíritu Santo, se haya dormido con el sueño de la muerte, el Espíritu divino, continuando sus obras de deificación, vendrá á añadir á todos sus beneficios un beneficio mayor. Como hizo que se levantara del sepulcro el Verbo encarnado, tipo del hombre, así hará que resuciten todos sus miembros. “Sí, habita en vosotros, dice San Pablo, el Espíritu de Aquel que resucitó á Jesus de entre los muertos volverá también á la vida vuestros cuerpos mortales por causa de su Espíritu que habita en vosotros (1).”

¿Y qué hará con el hombre gloriosamente resucitado? Lo llevará al cielo, verdadero Eden de la felicidad y de la gloria, donde le dará á comer el fruto del árbol de vida que hay en el paraíso de Dios. Por la virtud y las propiedades de este fruto misterioso, todo servirá allí para la restauración de las criaturas y del hombre. ¿Por qué? Porque el cielo será el reinado absoluto del Espíritu Santo, y consiguientemente el reino del amor infinito, obrando en la plenitud de su expansión, sin obstáculos, ni límites, ni disminución alguna; penetrándolo todo, animándolo todo, iluminándolo todo, divinizándolo todo, inundando á todos los habitantes de su inmensa Ciudad, hombres y ángeles, en un mismo Océano de luz, de amor y de delicias eternas. He ahí la

1. *Rom., viii, 11.*

gran obra del Espíritu Santo, el término final á que nos conduce con sus operaciones sucesivas.

¿Qué efecto producirá en nosotros este amor sustancial, infinito, obrando con su energía incomprensible? Nos produciría la muerte instantánea si permaneciera entonces la debilidad actual de nuestra naturaleza. ¿Qué sér creado podría nunca sostener el peso de lo infinito? Pero no hay que temer tal cosa. Como fortaleció á María el día de la Encarnación, la virtud del Altísimo nos cubrirá con su sombra: *Virtus Altissimi obumbrabit tibi.*

A fin de que las criaturas sometidas á la acción del Espíritu Santo ni sean consumidas por sus ardores infinitos, ni deslumbradas por la luz infinita, ni aplastadas bajo el peso de la felicidad infinita, se les comunicará una energía tal, que vivirán en esta inmensa atmósfera de amor, de luz y de ventura felices, libres y ágiles, como los peces en el Océano. La vida de la gracia se convertirá en la vida de la gloria. Preparados así, el amor infinito producirá en ellos un efecto semejante al que el fuego produce en el oro, que no lo consume, sino que lo transforma. La transformación divina se extenderá á cuanto sea digno de ella; porque el Espíritu de vida no destruye nada de lo que ha hecho. De este modo serán transformados el hombre en todo su sér y el mundo que habitamos.

Trasfiguración del mundo, es decir, del cielo y de la tierra. La creación física sigue la condición del hombre, que es su señor. Estuvo bien mientras que el hombre fué inocente; está mal desde que el hombre es culpable, y será glorificada cuando él sea glorioso. El cielo, pues, será la plena y eternal realización de este deseo expresado por el Apóstol en nombre de toda la creación: "Toda criatura espera con impaciencia la manifestación de los hijos de Dios.

Porque la creación está sometida á la vanidad, no voluntariamente, sino por causa de aquel que la sometió en esperanza; pues la criatura misma será libertada de la servidumbre de la corrupción pasando á la libertad de la gloria de los hijos de Dios. Sabemos, en efecto, que toda criatura gime y siente hasta ahora los dolores del parto; y no solo ella, sino también los que tenemos en nosotros mismos las primicias del Espíritu (1)."

¿Qué significan esos dolores y suspiros de toda la naturaleza? Significan, que la creación no ha llegado á su fin. Significan, que si no hubiera otro mundo, la vida presente sería una amarga ironía. Significan, que la creación entera aspira, no á su destrucción, sino á su renovación y que á su modo dirige á Dios, lo mismo que el hombre, esta petición del *Padre Nuestro: Venga á nos el tu reino.* Todo sér, dice Santo Tomás, repugna su destrucción. Al desear, pues, ardentemente las criaturas el fin de este mundo, no desean ser aniquiladas, sino ser libertadas y renovadas. De aquí los doctores católicos sacan la muy lógica conclusión de que las criaturas no serán destruidas sino purificadas por el fuego del último día, como el oro no se destruye al pasar por el crisol sino que sale más puro y más brillante (2).

¿Qué será en sí y en sus resultados esta trasfiguración del mundo? En sí misma será la mayor participación posible de las perfecciones de Dios por las criaturas racionales. Dios es "eternidad, luz, amor." Las criaturas, pues, serán, en cuanto su naturaleza lo permite, eternidad, luz y amor.

1. *Rom.*, VIII, 19-23.

2. Véanse las autoridades en el *Catecismo de Perseverancia*, t. VIII, *Resúmen general*. Allí se encontrarán también amplios detalles, que aquí no podemos reproducir.

Eternidad. Durarán por siempre jamás, sin alteracion de su forma y hermosura. "Los astros, dice Santo Tomás, quedarán fijos é inmóviles en el punto del firmamento que sea más conveniente para que puedan brillar con todo su esplendor en la Jerusalem bienaventurada. Los tiempos, cuya sucesion marcan ahora los cuerpos celestes, cederán su lugar al día sin noche, que se llama eternidad. La tierra, siempre iluminada del mismo modo, gozará de una temperatura constantemente igual; y los otros elementos que no sufrirán alteracion ni en sí mismos ni con relacion á nosotros, no tendrán ninguna de las imperfecciones de que hoy se resienten (1).

Luz. Se nos ha revelado en Isaías, que la luz de la luna será como la del sol, y que la luz del sol será siete veces mayor que al presente (2). El cielo, cuyo más bello ornamento son hoy el sol y la luna, es la más bella porcion del mundo corporal. Pues bien, igualmente que lo demás de la creacion, el cielo será tambien renovado, y esto no sucederá sino adquiriendo mayor claridad toda vez que en esta consiste su principal hermosura.

Por una parte, es de fé que el cuerpo del hombre se tornará luminoso; y el cuerpo del hombre se compone de elementos materiales: luego los elementos materiales de que constará el cuerpo humano revestido de claridad, serán en sí mismos luminosos. Mas estos elementos son tomados de todos los reinos de la naturaleza. Luego, salva una anomalía que repugna, el todo seguirá la condicion de las partes, es decir, que toda la creacion material se tornará luminosa (3).

Por otra parte, al modo que hay cierta relacion de órden

1. *Suplem.*, q. 91, art. 2.—*Hier.*, in *Habac.*, III.

2. *Erit lux lunae sicut lux solis septempleriter. Is.*, xxx, 26.

3. *S. Th.*, ubi supra, art. 4.

entre los espíritus superiores, que son los ángeles, y los inferiores, que son las almas, así tambien la hay entre los cuerpos celestes y los terrestres. Pues habiendo sido hecha la creacion material para que sirva á la espiritual, y debiendo aquella ser regida por esta y conducida á su fin, resulta que la segunda sigue la condicion de la primera elevándose ó decayendo con ella y por causa de ella. En la renovacion universal los espíritus inferiores, las almas, adquirirán las propiedades de los espíritus superiores. Los hombres, dice el Evangelio, *serán semejantes á los ángeles.*

Por la misma razon los cuerpos inferiores adquirirán las propiedades de los cuerpos superiores. Mas como los inferiores no pueden tomar de los celestiales sino la claridad, síguese necesariamente que vendrán á ser luminosos. Así es que todos los elementos se revestirán como con un manto de luz; no todos en el mismo grado, sino cada cual segun su naturaleza. Escrito está, en efecto, que la tierra será trasparente como el vidrio, y el agua como el cristal, y el aire tan puro como el cielo, y el fuego tan brillante como las antorchas del firmamento (1).

Amor. La renovacion del mundo, considerada en sus resultados, será una manifestacion más brillante de las perfecciones de Dios, y por consiguiente, un llamamiento más elocuente á la admiracion y reconocimiento del hombre. El mundo es un espejo criado para que refleje los atributos del Criador. Tanto más perfecto es un espejo cuanto mejor reproduce la imagen de las cosas. Las criaturas, despues de su renovacion, lavadas ya de todas las manchas del pecado,

1. *Unde omnia elementa claritate quadam vestientur: non tamen aequaliter, sed secundum suum modum: dicitur enim quod terrae erit in superficie exteriori pervia sicut vitrum, aqua sicut crystallus aer ut caelum, ignis ut luminaria caeli. Ibid.*

serán enriquecidas con cualidades nuevas que guarden relación con los sentidos del hombre deificado; y además, hechas traslúcidas, dejarán ver sin sombras las bellezas innumerables del Criador. El hombre, entonces doblemente satisfecho en sus sentidos y en sus facultades, vivirá en un continuo transporte de amor siempre creciente (1).

En resumen: la habitación debe ser proporcionada al que la habita. El mundo ha sido hecho para habitación del hombre; debe, pues, guardar proporción con el hombre, y como el hombre será renovado, el mundo debe de serlo también (2).

Trasfiguración del hombre. Conocemos ya la habitación. ¿Quién será el habitante? Será el hombre: el hombre que no consigue en el mundo el objeto final de su vida, como tampoco lo consiguen las demás criaturas, y que lo mismo que ellas suspira por su trasfiguración. Pero no verá satisfechas sus aspiraciones sino al fin de la prueba. El cielo, será, pues, la morada del hombre, que se habrá hecho tal como la ley de su ser lo exige, semejante al ángel, semejante a Dios. Sí, semejante a Dios, cuanto una criatura puede serlo, en eternidad, luz, amor, felicidad; tal será el hombre transformado.

Eternidad. Unido el hombre a Dios, vivirá como Dios; unido al Verbo encarnado, vivirá como hombre deificado en cuanto a la vida del cuerpo y la del alma: vivirá con la plenitud de estas dos vidas, y por siempre jamás. Vivir es gozar de algo: vivir plenamente, es gozar plenamente: vivir siempre, es gozar eternamente. Vivirá la vida del cuerpo en toda su plenitud y eternamente. El cuerpo humano conservará toda su integridad, sus sentidos y sus órganos. Resuci-

1. *S. Th.*, ubi supra, art. 1.

2. *Habitatio debet habitatori congruere; sed mundus factus est ut sit habitatio hominis: ergo debet homini congruere: sed homo innovabitur; ergo similiter et mundus. Ibid.*

tado en la edad del vigor y la hermosura, despojado en la tumba de todas sus imperfecciones que le resultaron del pecado, y dotado de nuevas cualidades, gozará de una juventud inalterable. Estas cualidades son: la impassibilidad, la sutileza, la agilidad y la claridad.

Sembrado el cuerpo en la corrupción, resucitará en la incorrupción (1): será *impassible*. La impassibilidad será el efecto necesario de la glorificación. En las cosas corruptibles el principio vital no domina bastante perfectamente a la materia para que pueda preservarla de todo accidente contrario a su voluntad. Pero después de la resurrección, el alma de los santos será completamente señora del cuerpo. Este imperio será inmutable, porque el alma estará también inmutablemente sumisa a Dios: será perfecto, porque el alma será perfecta, y, por consiguiente, tendrá poder y voluntad de impedir todo lo que pueda perjudicar al cuerpo. Además, en el cielo la felicidad del hombre será completa; y no lo sería, si el cuerpo continuara expuesto a los sufrimientos.

Por lo demás, la imposibilidad no destruirá la sensibilidad. Sin perjuicio de conservar intacta la naturaleza de los cuerpos, Dios puede quitarles las cualidades que tenga a bien; como quitó al fuego del horno de Babilonia la virtud de quemar ciertas cosas, supuesto que los cuerpos de los jóvenes hebreos permanecieron intactos, y le dejó la virtud de quemar otras cosas, toda vez que la leña se consumió. Así sucederá con los cuerpos gloriosos: Dios les quitará la pasibilidad, conservándoles empero la naturaleza (2). Fuera de esto, si los cuerpos gloriosos no fueran sensibles, la vida de los santos, después de la resurrección, más bien se

1. *Cor.*, xv, 42.

2. *S. Th.*, *Supl.*, q. 82, art. 1.